

[A través de los cristales la noche oscura]

© JC Cuevas 2003

Parte 1

[A través de los cristales la noche oscura: cerrada, caliente, oscura. El calor de Julio se extiende por la ciudad, recorre las calles asaltando a quien quiera que encuentra a su paso, desplomando la atmósfera sobre las cabezas de sus habitantes, royendo los últimos vestigios de cordura de algunos de ellos, soporizando, aletargando. Los movimientos se hacen pesados, lentos e indolentes mientras las gotas de sudor se derraman de la piel ardiente. En un edificio del centro copulan, anegados, resbalando por entre fluidos y jadean y se sofocan y los movimientos rítmicos calman la sed de sus cuerpos. En algún otro edificio se gritan, carcomidos por las sensaciones casi dolorosas que transmite el ambiente. Y poca gente en las calles...]

A pesar del calor alguna cosa en mi cabeza no me dejado dormir. Desde que la conocí ayer, todo gira en torno a aquella misteriosa manera de mirar: ojos danzantes, cautivadores, peligrosos... tengo que centrarme... a las diez vendrá Juan Marcelo, el estraperlista, zapatos brillantes, sonrisa podrida. Es un cliente habitual que recaba mis servicios cuando se trata de machacar, asustar o perseguir a alguien... es cansado este trabajo, pero ¡mucho más entretenido que regentar la botica de la familia! ¡Ya lo creo! ¡Aventuras, aventuras! A veces debería estar prohibido desear cosas de las que se conoce poco y desvirtuadas... pero... (vuelven sus ojos y sus labios: se la veía cansada, falta de sueño, frágil. Tengo que tener andarme con cuidado, que siempre acabo metido en líos que no necesito) ... la vida se encarga de llevarte por caminos singulares.

Marcelo, negro gabán, saluda con media cara y me explica: una prima-hermana suya llegó hace días del pueblo, en la sierra, y ha desaparecido. Sus padres la han dejado a su cargo y en un descuido se ha ido paradero desconocido. Tengo que encontrarla antes de que las cosas se desborden. No tiene fotos, apenas una descripción y una

última dirección: la pensión España. En sus ojos veo la mentira, ya conozco a semejantes alimañas.

La regenta de la pensión España, Doña Matilde, es una vieja conocida de los lupanares del centro. Ya retirada de su antiguo oficio ahora se dedica a sus huéspedes y a otros negocios de mediación. Mi visita la incomoda, lo noto en el temblor de su mano izquierda y en la manera esquiva de mirar. Elude con agilidad cualquier indicio de su implicación, pero no me engaña. Después de sacudir su memoria durante un rato me cuenta, con lagrimas en los ojos, que la prima del estraperlista ha salido casquivana y equívoca, y que estuvo allí durante unos días, recibiendo visitas, y que desde ayer nadie en la pensión la ha vuelto a ver, y que allí no queda nada porque se lo llevó todo.

El registro de su habitación no me facilita las cosas, apenas unos recortes de periódicos sin sentido. En uno de ellos un ministro del régimen inaugura una carretera. Todo aquel asunto empezaba a oler de mala manera y no auguraba nada bueno. Voy a dormir.

Parte 2

[Sueña con ella. Su figura etérea, transmutada en icono angelical, le mira con gesto entre compasivo y lujurioso. Flota a su alrededor, desnuda, sus pechos pequeños desafiantes, danzando de manera silenciosa. Otras caras observan también. De pronto es consciente: es un funeral, el suyo.

Después del café suena el teléfono: es la dama de los ojos que bailan. Su voz suena cansada y asustada. Quedan en verse a mediodía en el reservado de un céntrico bar. Más tarde. Más teléfono. El estraperlista Marcelo quiere resultados inmediatos: cuenta que su cabeza está en juego, porque, por lo visto, su tío es un personaje influyente de malas maneras. Pocas explicaciones, por si acaso, porque intuye las malas artes de Marcelo intentando ocultar algunas cosas, aunque no es capaz de reconocer su juego todavía...]

Cuelgo y pienso que quizás es momento de invertir la situación y hacer yo las llamadas. El comisario Delgado es lo primero que viene a mi cabeza: discreto, con asuntos pasados y deudas pendientes con mi persona: nadie le salva a uno del garrote vil y después olvidas su cara... Me cuenta que un ministro echa chispas. Por lo visto su hija se ha enamorado de un puñetero rojo y intenta escapar de su tutela. Ha movilizado a todo el Cuerpo de Policía Política en su búsqueda, pero no hay señales de ellos. Él sin embargo tiene sus propias rumores: el ministro se ha enamorado de ella, ha ido más allá del límite, ha roto todas las reglas del juego, está desesperado.

Me encuentro con la damita en el reservado y su cara cansada no puede ocultar su belleza de grandes ojos verdes-comprimidos por la presión de su angustia, de labios estilizados bajo la nariz suave, de cabellos dorados y piel afrutada. —Necesito sus servicios —me dice—. Alguien quiere acabar conmigo. —Bueno, un caso más de manía

persecutoria, pienso— Creo que mi esposo tiene algo que ver en todo esto, aunque —duda—, no puedo estar segura.

Después de una pausa continua:

— Estamos separándonos. Hace tiempo que lo nuestro se acaba y sólo nos quedaba guardar las formas y la hipocresía, tan necesarias en sus menesteres. —mientras habla, mira el suelo descolorido— Ahora ya no me importa, me he marchado —nueva pausa— y creo que prefiere verse viudo.

Y... —respondo— dígame, ¿Qué piensa que puedo hacer yo? No trabajo cómo matón — Miento —. Lo siento, quizás podría recomendarle a alguien que se encargue de protegerla y...

En esos momentos se derrumba. Solloza con las manos en la cara y la dejo reponerse durante unos instantes antes de poner mi mano sobre su antebrazo, conmovido y excitado a la vez. Nuestras miradas húmedas se cruzan mientras noto la calidez de su piel: deseo, demasiado calor, no lo sé. Nos besamos apasionadamente, acaricio sus cabellos y su cuerpo-amor, rodamos sobre la mesa, gime bajo mis arremetidas, puedo sentir el olor de su cuerpo... En ese momento alguien tira abajo la puerta del reservado y entran varios hombres, entre los cuales creo reconocer al comisario Delgado, que me agarran sin contemplaciones.

—Quedas detenido por estupro, violación de una menor y asesinato. —
Es la voz del comisario

Más tarde en la comisaría machacan mi cabeza y varios de mis dedos antes de pasarme con Delgado, que me mira con desprecio.

—Te la has buscado buena, amigo. Suerte vas a tener si no te llevamos a dar un paseo por las afueras —en su gélida mirada puedo notar la verdad de sus palabras—. Espero que me cuentes alguna cosa de

utilidad, porque si no se te va a caer el pelo — Dice mientras juega con su pistola nueve milímetros.

—Siempre me ha encantado pasear. No me vendrá mal tomar un poco el aire... ¿Así es cómo pagamos las deudas? Ya me parecía a mi que no puede uno fiarse de los de tu calaña. —Intento sonreír sardónicamente, me duelen las encías— Y, ¿qué es eso de asesinato? Ya sabes que no es mi estilo...

—Hemos encontrado el cadáver de Juan Marcelo en tu despacho... Por lo visto era un tipo de doble vida: es uno de los cabecillas de los putos comunistas y a la vez pariente de peces gordos del movimiento, además de estraperlista y maleante. —Sorpresa en mi cara— ¡Vaya!, todo un personaje. ¿Quizás te suena de algo el asunto? Por lo visto se entendía con la hija del ministro... De hecho el pendón se entendía con demasiada gente, pero, vaya, nunca pensé que tú también estuvieras metido en el fregado. Y, mira por donde, parece que tú vas a pagar el pato...

Parte 3

Vuelvo a la pensión, con el alma dolorida, y me entero de que la regenta ha puesto pies en polvorosa: esfumada; nadie sabe donde está... es posible que en alguna acequia... Necesito descansar, demasiadas emociones en tan sólo unas horas, demasiadas contusiones en la piel y en el alma. Regreso al despacho y recojo la pistola de uno de los cajones: pasionaria, mi seguro de vida en tantas ocasiones. Con el automóvil me dirijo a las afueras, un lugar seguro donde descansar mientras pienso en la mala pasada del ministro y sus maleantes compinches... Sólo tengo que agradecer que Delgado me de esta última oportunidad, amor con amor se paga.....

Despierto sobresaltado. Recién amanece. Me cuesta mantener la visión y noto el sudor empapando toda la ropa. Me duele hasta la coronilla y fugazmente, en el espejo retrovisor del automóvil, me veo amoratado: una piltrafa humana... No hay tiempo: piensa Rodríguez, piensa... no dejes que te adjudiquen el muerto... Pensamientos tenebrosos: garrote vil, fin de trayecto, kaputt...

Aparco cerca de la casa de Don Ministro, espero, pasan los minutos, sudo, fumo para calmar la rabia y el dolor hasta que, por fin, se abre la verja y sale un coche oficial rumbo a los ministerios. Espero un poco más y me cuelo por entre los setos de la verja para dirigirme sigilosamente hacia la casa. Nadie de momento... me cuelo en su interior y escucho los pasos de la doncella de servicio que pasa a mi lado sin descubrirme; subo las escaleras, abro puertas con cuidado, y la encuentro: está atada en cruz a la cama, desnuda, amordazada. Veo jirones en su espalda, ojos rojos, temor. El ángel caído en desgracia más hermoso que jamás haya visto. Mientras acaricio sus cabellos, le enseño la pistola y sus ojos asienten comprendiendo. Le quito la mordaza. —Suéltame, por Dios...

—Antes tendrás que explicar algunas cosas... ¿quién ha matado a Marcelo?

La sorpresa aparece en su gesto.

—No lo sé —responde— Hacía días que me escondía de ese monstruo. Yo sólo buscaba una manera de escapar de él... abusaba de mí y desde hace tiempo me utiliza en sus sucios chantajes... —lagrimas en aquellos ojos traidores— Marcelo me lo dijo. Intentó sacarme de aquí, y ahora está muerto...

No puedo evitarlo y la poseo desesperadamente. Puedo notar el sabor de sus lágrimas y de su deseo...

Mientras escapamos por carreteras comarcales, donde rezamos por no encontrarnos con la Guardia Civil, pienso. Ella está silenciosa, mirada ausente en el paisaje disperso de los sembrados. Puedo notar su nerviosismo en la manera que tiene de apretar las manos. Me parece hermosa: una hermosa mariposa triste atrapada en ciénagas hediondas. Y, a la vez, puedo notar la señal de alarma en mi cabeza. Y no sé que pensar, quizás me he precipitado en todo este asunto. Y no me gusta nada haber roto la regla de oro del buscavidas: nunca te involucres con tus clientes... Y quizás en vez de la triste mariposa es la cruel araña, segregando sus jugos ante la estúpida mosca ingenua...